

EL SIGNIFICADO DE LA COMUNIDAD PARA EL CELIBATO MONÁSTICO

La comunidad es uno de los elementos esenciales del monacato cenobítico. Su importancia radica en el hecho de que el seguimiento de Jesús puede ser llevado a su cumplimiento únicamente en la comunidad de discípulos de Cristo. Esta comunidad de discípulos la hallamos en la Iglesia constituida por inspiración del Espíritu Santo. Ella vive en toda comunidad eclesial. A través de la justa configuración del celibato monástico, la comunidad logra un gran significado. Las notas que exponemos a continuación esclarecerán las exigencias de la comunidad monástica.

I

LA COMUNIDAD EN SU VIDA COTIDIANA

1. La comunidad es un lugar de experiencia de Cristo

La comunidad contiene en sus características más esenciales la figura de Cristo Jesús presente. En el sacramento de la eucaristía, en la promulgación del evangelio, en el perdón, en la oración común y de otras muchas formas, el monje halla al Señor resucitado. Esto debe experimentarlo el monje en su vida cotidiana. De esta forma conservará aquel estado de ánimo fundamental que es la base del celibato.

La continencia sexual en el monacato no es ante todo un medio para estar menos comprometido. Es más bien la expresión del propio estado de ánimo religioso de cara a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo y que tiene su origen en la personalidad. Por eso no resulta claro a simple vista cómo pueda ser fecundo y significativo para la Iglesia y para los hombres. Se viviría, pues, la continencia incluso si ninguno fuera testigo de ella, ni llamase la atención de nadie. De hecho solamente en Dios encuentra su significado último.

La actitud con respecto a Dios que escoge el celibato como forma de expresión, es según su esencia una reacción, una respuesta a una llamada de Jesús que bajo el prisma de la fe se secunda diligentemente.

Bajo el punto de vista histórico el celibato pertenece a aquella forma de vida religiosa motivada que incluye la penitencia y que tiene sus orígenes en la piedad judaica. La continencia era un signo de particular dedicación a Dios Salvador. Pero ésta no se limitaba a la continencia sexual, comprendía también el ayuno, las vigiliat, los negocios y actividades comerciales. Así, por ejemplo, también el reposo del sábado, como renuncia al propio trabajo, a la actividad, era signo de la entrega a Dios. La continencia sexual en el judaísmo tenía solo vigor durante un tiempo limitado. El hecho de que en el cristianismo se la haya vivido sin esas limitaciones temporales, se explica por el ejemplo de Jesús. Entre los cristianos, a diferencia de los judíos, la consagración tuvo una fisonomía muy particular, animada como estaba de la expectación del obrar de Dios en Jesús, de la esperanza del retorno de Jesucristo. De este modo las formas de continencia tomadas del judaísmo sirvieron para expresar la espera del retorno del Señor, para vivir la vigilancia y la conversión al mismo Señor y para reafirmar al mismo tiempo constantemente la fe en su vida.

Para que la continencia pueda ser vivida por largo tiempo es preciso la relación continua, personal y viva con Nuestro Señor, que se experimenta al comienzo de esta vivencia. No se puede decir sin más que el célibe, sea aquel que en lugar de tener relación con un "partner" la tiene con Jesús. De hecho la experiencia personal con Jesús se expresa de un modo muy diferente que con el "partner". Pero hay una analogía: en el alma del monje deben experimentarse los mismos impulsos que se verifican en una amistad. Dios obra en la historia de los hombres a través de una serie de procesos cargados de signos.

Del mismo modo se expresa hoy la actividad de Cristo glorificado. Esto requiere que el hombre sea capaz de reconocer la acción de Jesús en la realidad de los signos. El significado de los diversos acontecimientos de la vida y las relaciones personales, deben ser valoradas a través de un proceso que trata de ver aquello que está muy por encima del aspecto inmediato de la esperanza y de la relación. Sólo cuando el monje es capaz de comprender este don del mismo Jesús concedido a él en la realidad de los signos y lo experimenta su alma de forma ardiente y afectiva, está preparado para vivir la continencia sexual sin menoscabo del desarrollo afectivo.

La comunidad debe ayudar al monje a reconocer nuevamente la voz de Jesús y a escuchar su voz en el evangelio. Con esto llega el monje a ser consciente del amor de Jesús, impidiendo que en su corazón halle cabida el sentimiento de inseguridad y abandono. La comunidad puede ayudarlo, ya que en ella obra el Espíritu de Dios.

2. La comunidad ofrece numerosas posibilidades de entrega a Jesús

Puesto que el celibato es una de las formas de entrega y servicio a Nuestro Señor, hay que vivirlo en correlación con las otras formas de vivir tal consagración. De hecho en el campo personal no existen formas aisladas de expresión.

La relación con Jesús no puede limitarse a la liturgia. Hay que hacerla evidente y palpable también al margen de la liturgia, a través de las decisiones tomadas en común y en el común obrar. Cada uno debe poder hacer siempre la experiencia de que la comunidad se pone a la escucha del mensaje de Cristo en sus decisiones cotidianas.

Es indispensable la oración personal íntima. Sin este refuerzo, la fuerza íntima de la personalidad no sería capaz de sobrellevar el peso de la continencia. Los estímulos de la oración personal deben ser considerados como un bien natural de toda la comunidad. Se da por supuesto que se dedica el tiempo suficiente al silencio, a la vida interior. Mientras el monje, considerando el proceso de su vida, descubre la continuidad, puede ver a la luz de la fe la obra de Jesús en su vida. Sólo aquel que tiene la dicha de examinar su vida tranquilamente, puede darse cuenta real del don que recibe.

Una mayor posibilidad de consagración a Jesús ofrece el ejercicio de la caridad. La comunidad debe ser capaz de ofrecer a cada uno nuevas fórmulas a ensayar en este sentido. No deben limitarse estas a la aceptación de los demás hermanos o al servicio del portero.

3. La comunidad hace posible un recíproco aumento de la esperanza

El celibato se deriva de un impulso positivo del alma, compromiso personal; pero como actitud concreta es una renuncia. Incluso si una renuncia comportara algunas circunstancias que la favorecen y liberan, no puede por el mismo hecho cambiarse en algo positivo. Así, para un celibato sinceramente vivido es psicológicamente esencial e inevitable una experiencia de renuncia, esto es, una experiencia en la que las principales exigencias del alma humana no queden satisfechas. Esta experiencia negativa es una llamada permanente de Jesús para obrar según el dictado del espíritu al alma humana. De hecho, sin su acción, el alma sucumbirá a la llamada de las compensaciones que pueden revestir las más extrañas formas. La esperanza en medio de la renuncia a la que conduce necesariamente el vivir en continencia se hace llevadera a través de la fe en Jesús, que por su poder, lleva al monje al desarrollo y a la madurez. El monje que tiene confianza en el Señor, puede comprometer su vida entera. La comunidad deberá tener despierta esta esperanza unida a la fe en la obra de Jesucristo en el mundo.

4. La comunidad debe promover el desarrollo de la personalidad y hacer posible que uno sea responsable de los otros

La personal experiencia de Jesús viene a significar en la regla benedictina una llamada concreta. Quiero decir que en correlación a tal experiencia se abre al monje una nueva prospectiva en sus relaciones interpersonales y el monje reconoce ser concretamente responsable de un cierto número de hombres. El hombre no puede alcanzar el sentido de su vida sin reconocer y afirmar la responsabilidad personal. Esto ofrece a cada uno la necesaria orientación para el futuro y la dinámica que lleva consigo a fin que el proceso de madurez de la personalidad pueda proseguirse. Tal responsabilidad puede tener diversas formas, que dependen de las circunstancias de vida en que se mueve una comunidad, pero la comunidad ofrecerá a cada uno formas concretas de responsabilidad. Una mayor disponibilidad obtenida a través de una decidida dedicación a Dios, solo podrá ser aceptada y comprendida por la comunidad en el plano personal.

La consecuencia de esto es que el monje halla una variedad de relaciones personales. Entre ellas selecciona algunas de ellas con las que pueda compartir su fuerza emocional. Ello no perjudica la continencia sexual si la aceptación de la acción del Señor y el compromiso de la responsabilidad son suficientemente fuertes. Por el contrario, sin la actividad emocional en la amistad, hay el peligro de que el inconsciente perjudique al alma a través del empobrecimiento de los sentimientos hasta llegar a peligros y turbaciones perceptibles en la vida espiritual. Esto tendría también sus consecuencias en el comportamiento sexual. Comunidad significa posibilidad de amistad, bien sea con personas del monasterio o con otras del exterior.

5. La comunidad ayuda a los demás estableciendo normas para su modo de vida

La continencia sexual está sometida a un continuo peligro. Por una parte están los impulsos personales y por otra, las pretensiones y miradas, apariencias de otras personas.

Para la realización de la comunidad como grupo es también bueno establecer reglas a las que cada uno se someta con el fin de ajustar su vida a las exigencias de su vida. Las reglas deben capacitar a cada uno en su comportamiento de relaciones con los otros ayudándole a encontrar cada vez más la justa relación de aproximación y distancia. De este modo se corta de raíz la inseguridad dañosa. La comunidad, de esa manera, ayudará a los demás a hallar los fundamentos de su estilo de vida, dándoles la necesaria medida de autodisciplina.

Las reglas deben estar adaptadas al ambiente cultural, siendo formuladas de manera concreta para que todos las comprendan con claridad.

Por lo mismo, hay que tener en cuenta que un monje modela su sexualidad en conformidad con el ambiente en que vive. Su decisión de orientar su vida hacia una continencia por el reino de Dios está supeditada a particulares exigencias en una comunidad de su mismo sexo. Una comunidad deberá, pues, examinar con particular interés todo esto.

6. La comunidad debe crear una atmósfera de apoyo

La comunidad debe proporcionar lo que un grupo es capaz de dar al hombre: defensa, protección y seguridad interna. Que cada uno reciba la ayuda emocional necesaria para la salvaguarda de la continencia, para la disponibilidad y la dedicación.

Un elemento importante es el trabajo considerado como ejercicio de una profesión que procure la seguridad necesaria para sentirse persona autónoma.

La comunidad debe continuamente animar a todos a descubrir y desarrollar sus predisposiciones y capacidad. Con ello se realiza la tensión del alma humana a la trascendencia. Esta no debe tener el mismo sentido de seguridad que proporciona una familia, ya que la familia defiende siempre del

peligro del naufragio, mientras la continencia es un modo de vida en el que necesariamente va incluido el peligro del naufragio.

En la comunidad deberá existir una atmósfera de comunicación. El diálogo y el trabajo común lleno de comprensión deben gozar de la alta estima general.

En la vida comunitaria debe manifestarse esto: que se subraye lo que realmente tiene valor y es culturalmente superior en los intercambios personales. Con ello se evita el que la atmósfera esté marcada por la trivialidad y el capricho.

7. La comunidad debe ayudar al monje, siempre que cambian las motivaciones de su continencia

En el curso de la vida pueden cambiar las motivaciones de la continencia. En la medida en que cambian las relaciones del monje con Nuestro Señor en el correr de los días, cambia también el enfoque del celibato, que para él es determinante. En una situación de vida en la que Jesús sufriente ocupa el primer plano, la renuncia es en cierta forma la expresión de la solidaridad con este Jesús y una especie de voluntad de comunión con Él. En una fase de la vida en la que Jesús anunciado es el modelo, la renuncia reviste un carácter de liberación y de disponibilidad. Cuando la pobreza de Nuestro Señor es su imagen ideal, la renuncia al matrimonio asume el carácter simbólico de vida pobre.

La comunidad debe seguir el ritmo de los cambios, confirmando unos y corrigiendo otros. Una ayuda decisiva es por lo mismo el modelo evidente de los hermanos que le han precedido.

II

LA COMUNIDAD Y LA DECISIÓN DEL CELIBATO MONÁSTICO

8. La comunidad por lo que respecta al celibato monástico tiene la misión de ser el ejemplo que atrae

Una decisión a abrazar el celibato monástico ha pasado generalmente por las siguientes coordenadas. De las disposiciones y acontecimientos de la vida, llega uno a la convicción de que se puede amar a Jesús porque El nos ha amado. Se admite la posibilidad de pasar una vida practicando la penitencia. Pero esta posibilidad es más concretamente perceptible en el ejemplo práctico de la vida de una comunidad monástica. Si en esta experiencia se descubre una llamada de Dios en la fe, nos situamos ya frente a una decisión. Se hace la elección. Una vez hecha, esta introducción en el celibato monástico es ya un don de Dios. Si, pues, a la continencia y a la renuncia a la vida conyugal van unidas palpables limitaciones y tal vez también restricciones, abraza uno la vida monástica y se decide por ella precisamente porque se ve en este tipo de vida la mejor forma para sí mismo de vivir en Cristo Jesús. Y este ideal se consolida en el contacto con una comunidad monástica.

En la comunidad será también posible que una tal decisión lleve consigo circunstancias de vida que influyan en la formación de una vida seria. Participación, en definitiva, en la misión de transmisión y defensa del evangelio. Estimulo de la contemplación como medio de consagrarse al completo don de Dios. Una mayor libertad personal, asumiendo las distancias del mundo que nos rodea con sus presiones. Aligeramiento de las relaciones interpersonales, de las exigencias y deseos a través de la renuncia a la actividad sexual. Ampliación de la visión personal de la vida a través de las iniciativas de la comunidad. Cuando el joven toma la decisión, su ideal ocupa un puesto preeminente. En efecto, a su edad, se siente vivamente preocupado por formarse en una vida que tenga sentido. Sólo a través del contacto con una comunidad monástica ve claro en el contexto concreto, pudiendo decidirse con responsabilidad por la vida monástica considerada en su conjunto. Por ello es necesario que la comunidad sea suficientemente transparente en su realización de fe.

9. La comunidad confirma la decisión de cada uno

Que lo que cada uno cree ser una llamada de Dios, tenga su confirmación en la forma de ser y expresarse de la comunidad. Esto es de absoluta necesidad, ya que en líneas generales, la acción del Espíritu no es unívoca, por lo que se exige el testimonio.

La comunidad examinará la decisión de cada uno en cuanto a la continencia. Esta solamente podrá ser aceptada cuando exista en forma estable, una madurez emocional. Los criterios que la deben regir son: debido sentido de autodeficiencia y confianza en sí mismo; disponibilidad para aceptarse a sí mismo con sus cualidades y defectos; capacidad de relaciones personales.

Además, los presupuestos de una práctica es ya una clara y convincente motivación.

10. La comunidad constituye para cada uno la forma normal de relación con la Iglesia

Al pronunciarse por el celibato una comunidad concreta, se da una forma práctica de vivir el evangelio.

Las diferencias de formas de vida en las diferentes comunidades dan a cada uno la oportunidad de determinar más de cerca sus relaciones con la Iglesia.

III LA COMUNIDAD EN LOS PROBLEMAS

11. La comunidad ayuda a superar las crisis

Puesto que la comunidad propugna el desarrollo de la personalidad, esta ayuda al que esté en dificultades a reconocer los síntomas para llegar a las causas, partiendo de la atenta consideración de los síntomas. A través de un confiado intercambio con la comunidad, cada uno debe descubrir las conexiones. Ella deberá poner en concurso la ayuda de expertos y actuar de tal modo que la ayuda sea aceptada.

Las causas suelen ser las siguientes:

Disturbios en el proceso de maduración

Las causas más frecuentes son lagunas en el desarrollo psicológico en la primera infancia o en la pubertad. En realidad se trata de que el paso de una etapa a otra de la vida no ha sido convenientemente superado. Tales disturbios, que por lo común permanecen en el inconsciente, se manifestarían también en una relación matrimonial, pero en la continencia sexual se manifiestan más claramente a través de los síntomas. La posibilidad de la curación reside en el hecho de que las causas del disturbio en la historia de la vida se manifiestan claras y ofrecen la oportunidad de hacer experiencias de equilibrio, aunque haya que reconocer que no puede curarse ni cicatrizar del todo.

Debilidad de las motivaciones

Cuando una elección de vida no viene reforzada por la personalidad, sino más bien determinada por factores externos, el problema es inevitable. La promoción social no es motivación suficiente para una vida de continencia, ni los deseos de la madre o del tío, ni el miedo a la mujer, al elemento femenino en la vida. Una decisión motivada por tal modo de pensar, debe corregirse al punto o madurar con otra motivación que proceda del fondo de la personalidad y sea mantenida por él.

Deficiencias en las condiciones específicas del celibato

Mientras las causas aludidas pueden conducir a complicaciones incluso en una vida en la que existe el ejercicio de la sexualidad, hay otras deficiencias que afectan solo a la continencia sexual: falta de experiencia emocional, suficientemente probada en la entrega a Jesús; insuficiente responsabilidad en la consideración de los demás; falta de relaciones interpersonales. De esto pueden originarse graves complicaciones para la vida psíquica, incluso si no se dan las causas arriba apuntadas.

Como presupuesto de una ayuda por parte de la comunidad es que reine la confianza, pudiéndose hablar abierta y claramente de problemas y experiencias sexuales. En el modo de proceder se evitarán toda clase de presiones sobre la persona. Los que rigen una comunidad, deben disponer del tiempo necesario para consagrarse al estudio de los problemas de sus propios miembros.

12. La comunidad debe modificar circunstancias de vida no favorables

No todas las dificultades van unidas a la historia de cada individuo. Hay factores que ocasionan también problemas aun en hombres dotados de suficiente madurez afectiva.

a) Las condiciones de vida no favorables: condiciones de vida externa, como, por ejemplo, la habitación, el trabajo, pueden ejercer sobre una persona una presión psíquica que llegan a producir daños psíquicos más o menos graves. Esto puede influir para que no se soporte tan fácilmente la privación a la que va implícita la continencia sexual.

b) Exceso de stress: una larga experiencia de inutilidad, la falta de éxito en el trabajo, insuficiente oportunidad de identificación con la Iglesia, grandes problemas con la autoridad no resueltos, incapacidad para soportar a los demás. En suma conjunto de factores que amenazan y dejan malparado el subconsciente, el centro de la personalidad, causando un retroceso en lo que tiene por finalidad reforzar la personalidad, la confianza en sí mismo. Con esto el celibato con carácter de renuncia viene a ser un peso y un problema. Este conjunto de cosas no se puede sobrellevar por largo tiempo. Hay dos formas de reaccionar: o retirarse o hacer experiencias que fortifiquen un poco la personalidad.

De las predisposiciones, de las circunstancias que faciliten la vida de continencia es responsable ante todo la comunidad. Ella deberá trabajar porque el excesivo trabajo y la presión psíquica, la soledad, etc., desaparezcan.

13. La comunidad debe reflejar siempre el encuentro con Jesús

El monje que atraviesa por una crisis ha de ser atendido y guiado de tal forma que su encuentro con Jesús se centre en el punto decisivo. De esto no se puede prescindir. Es errado afirmar que la experiencia de renuncia que ofrece la continencia se la puede soportar por mucho tiempo a través de algún cargo, un compromiso social, un trabajo artístico o científico. Tales medios sólo son buenos para un período corto. El motivo hay que hallarlo en la estructura de la sexualidad humana. Esta abre al hombre la comunicación con el "tú". Por lo mismo se tratará de una continua sublimación sólo a través de un esfuerzo personal estructurado en forma análoga, esto es, por medio de una relación exclusiva con un "tú".

La comunidad debe poner su máximo interés en este difícil cometido. Tal vez sólo sea posible lograr éxito con diálogos frecuentes.

LA COMUNIDAD Y LA AMISTAD

14. La comunidad no es juzgada por la amistad

Para la madurez afectiva del monje influye considerablemente la clase y modalidad de sus relaciones personales. Existe en la tradición espiritual un largo capítulo combatiendo la amistad como nociva al celibato monástico. Todavía en los últimos decenios del siglo pasado la amistad era combatida. Se consideraba toda íntima relación personal como orientada a un contacto sexual en el sentido más estricto de la palabra. Los testimonios que tenemos del pasado nos convencen aún más de que en determinadas condiciones la amistad puede ser vivida con una limpieza sorprendente, contribuyendo así a un extraordinario desarrollo de la personalidad. Las amistades deben ser posibles en la comunidad y deben favorecerse.

15. Reglas a observar

1. Las personas deben ser cuidadosamente seleccionadas, teniendo en cuenta que se les pueda hacer confianza.
2. La amistad no puede ser exclusiva. Las relaciones con otras personas deben ser posibles.
3. La amistad debe tender a una general consagración a Jesús, sin que mengüe la alegría en la plegaria.
4. La relación no deberá extrañar a otro monje de la comunidad, antes debe aceptarlo como formando parte de su vida de monje.
5. Deben evitarse las recíprocas protestas.
6. Las formas expresivas de simpatía que se inclinen hacia la sexualidad genital deben evitarse desde el comienzo.
7. La amistad no puede limitarse a una confirmación, debe también recibir un impulso crítico y orientarse hacia un refuerzo de los mejores resortes de la personalidad.
8. No se puede tratar sólo de un momento recreativo, sino que el intercambio de ideas debe extenderse también a la configuración del futuro y a hacer frente a los compromisos.

16. La comunidad debe aceptar la amistad

Para evitar desviaciones perjudiciales, el monje debe poder hablar de su amistad con sus hermanos. La responsabilidad atribuida a una amistad debe ser compartida por la comunidad. Para poder tener influencia sin problema en cada caso, es de gran ayuda el que la recíproca corrección esté en cierto modo institucionalizada.

17. CONCLUSIÓN

El abad no cumple su misión preocupándose sólo de cada monje. Él es el responsable de que la comunidad cumpla su función en cuanto tal. Debe poseer el suficiente conocimiento del papel de la comunidad en la formación del celibato monástico. Todos sus desvelos deben orientarse a que la comunidad se oriente de manera que realmente pueda ser eficaz como comunidad de vida.